

¿Cómo se hace un Pesebre?

Dar orientaciones sobre el tema que encabeza estas líneas es tarea har- to difícil e imposible de resumir en po- co espacio. Pero conviene sobre todo, recabar la atención del pesebrista, no para enseñarle trucos, ni para indicarle soluciones que su temperamento artis- tico sabrá salvar paulatinamente a me- dida que se familiarice con la construc- ción, sino para ponerle delante de los ojos el motivo por el cual, exclusiva- mente, se hace el pesebre.

Este motivo es, como se habrá adi- vinado, el de exaltar mediante una construcción plástica, que entre al alma por los ojos, aquella memorable Noche- buena en que nació el Salvador en un misero establo de Belén en el que se- gún nos enseña una piadosa tradición vinieron a calentar al Niño con su aliento un buey y un asno.

Si este es el fin, se ve claramente cuales habrán de ser los medios que empleemos para llegar a ello. Estos pueden ser de los que llamamos de la época en que nació Jesús o bien de la época actual, pues el pesebre también puede significar la adoración de las al- mas sencillas, pastores y mozos, a Je- sús Niño empleando entonces aquellas figuras ataviadas con trajes de nues- tros días. En este último caso conviene mucho saber evitar la promiscuidad de épocas pues desdice de un payés con «barretina» una casa con cúpula a es- tilo judío y a unas palmeras y pirámi- des a estilo egipcio.

En el primer caso, la fantasía del constructor puede ha ar mayor fuente en que beber sus inspiraciones y por ello el campo no se ofrece tan estrecho.

Siempre, sin embargo se ha de evitar lo mismo: la mezcla de épocas y cos- tumbres; salvo el caso de construir un pesebre con las figuras de nuestros tiempos pues al construir el Nacimien- to deben sus figuras típicas de la Sa- grada Familia, ir ataviadas según la época que conmemoramos.

Mucho se ha hablado de la inge- nuidad de los pesebres. Pero ingenui- dad e infantilidad, que no son más que emoción devota cuando los maneja un artista que «siente» el pesebre no pue- den querer decir en ningún caso mal gusto o simpleza. Y por tanto quedan descartadas las figuras que representen este mal gusto, por desgracia tan de moda, en todo pesebre que quiera me- recer el honor de alabar a Dios nacido para nosotros en una fría noche de Di- ciembre.

Ello no quiere decir que sólo pue- den aspirar al título de buenos pese- bres aquellos que se construyen con ricas figuras. Se han visto demasiado los pesebres que, no logrando ser lo que sus constructores quisieron, cons- tituyeron un solemne fracaso. En cam- bio, se han visto sencillos Belenes que respondiendo a la emoción artística más o menos infantil de su ejecutante, han resultado maravillosas joyas del arte pesebrista.

Ante todo, de lo que más debe tener un pesebre es de amor y de emo- ción. Y claro que también de sentido del buen gusto. Hay inconsonancias que podrán pertenecer al grupo de las cosas pueriles, pero nunca al grupo de las cosas bellas. Y una misma cosa que hace gracia en un pesebre infantil de

Continúa a la página 6